

## La vital necesidad de oír y contar cuentos desde la infancia

Julio Olaciregui<sup>1</sup>

Agradezco mucho a Aura Aguilar Caro el haberme dado a leer este libro de cuentos de un grupo de niños y jóvenes del municipio de Ariguaní, tierra entrañable del Magdalena, territorio de los chimilas.

Los autores de estos textos nos permiten, con una gran generosidad y sencillez, conocer sus fantasías y sus habilidades para expresar lo que imaginan y sienten.

La familia, el entorno, “la casa”, los lazos con los abuelos, los padres, los hermanos, los tíos, los animales domésticos, aparecen como un motivo recurrente en estos juegos literarios que son a veces sueños, a veces pesadillas, tramas caprichosas como las sombras en la pared antes de sumergirnos en el sótano de la noche.

<sup>1</sup> Doctor en Letras de la Sorbona de París. Escritor de obras como: *Los domingos de Charito*, *Dionea*, *Días de Tambor*.  
Correo: ialum6@hotmail.com

Aquí el ejercicio de la fantasía onírica es liberador, y para un escritor como yo, que pretende aprender “el arte de ser abuelo”, leer estos textos de sus posibles nietos es un inesperado regalo. Como ellos, debemos soltar la lengua y contar con desfachatez lo que soñamos dormidos y despiertos.

¿Cómo sobrevive un niño a la muerte de su padre? Hay una fe mística en la estrella que alumbra el camino de la gente en esta tierra. Pedimos un deseo, tres deseos, “ilumínanos fuerte, y desde el cielo cuida de nosotros”.

Se destaca en estos trabajos el poder de la imaginación y las habilidades de los cuentistas para hacernos creer lo que nos cuentan, darnos miedo o ternura por la vida de nuestro pueblo, nuestra gente.

Los mitos son producto de la fantasía, de los sueños y terrores nocturnos, como ese extraterrestre con cabeza de Medusa o Gorgona que nos paraliza con su mirada, justamente en un sótano – ¡cuánto terror puede caber en solo seis letras– en el cuento “Mi casa. ¿Hay alguien ahí?”!, de Carmen Cecilia Moscote Vargas.

La violencia social y los desplazamientos forzados que han afectado a nuestro país están presentes, e incluso la historia del estrambótico zoológico abandonado por un narcotraficante.

El don de contar, el amor por la literatura, la vital necesidad de expresar el asombro de vivir y ver morir, nos llegan como las respuestas, las defensas de la naturaleza humana para resistir a esos vacíos que causa la insidiosa guerra, las microguerras de nuestras ciudades y pueblos, “corrientes entenebrecedoras que enneguecen y conducen al abismo sin escape”.

Fábulas ecológicas, denuncias de la violencia intrafamiliar, misticismo religioso, nada es ajeno a la sensibilidad de estos escritores que aún no llegan “a las catorce primaveras”. Crecer, luchar por realizar sus sueños, abrirse paso en la vida, amar y ser amados... de eso tratan estas historias que nos mueven y conmueven.

Si dos o tres de estos cuentos pueden haber sido inspirados por las películas que los jóvenes ven en la televisión, en la mayoría de los textos sentimos que hay un intento personal por expresar un mundo propio, y un apetito por la literatura universal, como ese cuento en que el flautista de Hammelin se transforma en un gaitero. Ello es alentador y debemos desarrollar y estimular estas vocaciones literarias mediante talleres de narrativa, poesía, música, teatro y danza.

Uno de los cuentos más sorprendentes de este libro es el de Tiffany del Carmen Lajud Castillo, “Yao habita en el patio de mi casa”, que

da muy en el clavo al tocar el tema del imaginario mestizo; Yao es una entidad sobrenatural, una fuerza inmaterial, un personaje que se sitúa por encima de los demás seres del Cosmos. Escribir, para quien siente la riqueza del legado prehispánico, equivale a desenterrar tinajas cargadas de la sabiduría que viene de los montes.

Los padres, los abuelos, son los transmisores de la vida y el respeto a la naturaleza; ellos comunican a los niños las tradiciones, las formas de resistir a la desaparición de la cultura de los antiguos.

Enero 24 de 2017